

La tiranía de la hipótesis es, en concepto de ellos, la que domina á la filosofía cristiana.

Natural era que la filosofía positivista, una vez que excomulga á la filosofía cristiana, porque se asienta en puras hipótesis, levantara su grandioso edificio sobre bases sólidas y seguras, que estuvieran muy lejos de la hipótesis.

Y, sin embargo, por una de esas contradicciones en que incurren los sistemas anticristianos, como hemos tenido ocasión de notarlo otra vez, el positivismo se funda en hipótesis puras y en hipótesis gratuitas.

Desde el principio del mundo hasta mediados del presente siglo, el espíritu humano á pesar del genio y de la virtud de sus más admirables oráculos, ha estado sometido, dicen los positivistas, á voluntades libres y quiméricas, y á entidades metafísicas imaginarias.

¿Y esta afirmación del positivismo, que otra cosa es sino una suposición?

¿Qué otra cosa más que una hipótesis?

El positivismo debía demostrar que las creencias de la humanidad, en una primera causa y en una sustancia espiritual distinta del cuerpo, han sido realmente un sueño y una quimera.

Ha debido demostrar que los hombres todos de todos los climas y de todas las latitudes han sido víctimas, en este punto, de una ilusión tan desgraciada como lamentable. Pero no es esta la única hipótesis del positivismo.

Afirma que todos los hechos, de cualquier naturaleza que sean, están sometidos al mismo método de comprobación; que toda realidad debe ser conocida por la experiencia; que no hay más que una ciencia y que esa ciencia es el encadenamiento de hechos ligados entre sí, por relaciones que pueden observarse directamente.

Estas afirmaciones son otras tantas hipótesis.

El positivismo no se ha encargado de justificar que son exactas, y que son verdaderas.

¿Será por ventura que las considera evidentes, como un axioma?

¿Cómo es, entonces, que por espacio de tantos siglos se han obstinado en no verlas; aun las inteligencias más claras?

El positivismo afirma la existencia de una serie de causas sin causa primera; de una serie de leyes sin legislador supremo; de una serie de movimientos sin primer motor.

Establece que lo sobrenatural es imaginario, y



lo absoluto quimérico; que lo que no es visible, comensurable y tangible, es la pura nada; que no hay teología, metafísica, psicología, ni moral, y que lo único real y positivo, es la inmanencia intrínseca de las fuerzas de la naturaleza y la fatalidad de su imperio. Todas estas afirmaciones, son también otras tantas hipótesis.

El positivismo ni una sola palabra ha hecho brotar de sus labios para demostrar la verdad de esas afirmaciones, que llama sus principios.

Y en verdad que necesitaba presentar una demostración completa, para que la inteligencia humana se inclinara sumisa ante esas teorías.

El entendimiento del hombre, por la simple enunciación del positivismo, no puede admitir efecto sin causa, ley sin legislador, movimiento sin un motor absolutamente inmóvil.

Organizada para la verdad, más bien admite, sin esfuerzo y como verdades que llevan en sí la luz de la evidencia, que sin causa primera, ningún efecto podía contemplarse en el mundo; que sin una inteligencia infinita, no podría existir el orden en el universo; que sin una fuente de vida y de movimiento, nada podría moverse en el orden armonioso que se nota en la creación.

¿Qué vale ante la ciencia, un sistema filosófico, que rechazando la hipótesis, funda en hipótesis sus principios y sus teorías?

¿Qué valor tiene ante la ciencia, un sistema filosófico que tiene por base las hipótesis y las hipótesis absurdas, como las que él proclama de que todos los hechos son homogéneos y que el único criterio de verdad es el testimonio de los sentidos?

Admira que hombres de buen entendimiento y de honrada conciencia, acepten el positivismo, como la última palabra de la ciencia.

¡Y es la última palabra de la ciencia, el sistema que descansa en hipótesis gratuitas!

---

El positivismo adolece de un vicio radical bajo el punto de vista científico: este vicio es suponerlo todo y no demostrar nada.

La base de este sistema, como se ha visto ya, es la hipótesis gratuita y la hipótesis absurda.

No hay ciencia posible si ha de asentarse en principios hipotéticos que nunca se demuestran.

Pero no es este solo el vicio que inficiona á la



escuela positivista, que la carcome en sus fundamentos y que muy pronto la ha de condenar, por consunción, á la más absoluta y completa esterilidad.

Ese otro vicio, no menos capital, es la contradicción científica, elevada, como dice el P. Félix, á su última potencia.

Como es hipotético en sus bases, es contradictorio en todos sus procedimientos.

Parte, agrega el sabio jesuita, de la hipótesis, y camina en medio de la contradicción.

El gran principio fundamental del positivismo, es proclamar en la ciencia el reinado de los hechos. Lo que no es un hecho sujeto á la observación y á la experiencia, está fuera de los dominios científicos.

Hay un hecho, el de la historia humana, que toda ella afirma lo sobrenatural.

Todos los pueblos del mundo, según enseña la historia, han reconocido la existencia de Dios.

Y la han creído en su parte más escogida: han tenido la idea de Dios, no sólo las tímidas mujeres, los niños, los pusilámines é ignorantes: la han abrigado en su pecho y la han propagado con su palabra, los hombres más valerosos, los más gran-

des naturalistas, los filósofos más eminentes y los poetas más inspirados.

Las tradiciones primitivas del linaje humano, que ha recogido la historia, conservan, aunque á veces desfigurada, la memoria de un Dios creador, que la humanidad ha guardado siempre en todos los pueblos y en todas las épocas.

Allí están de acuerdo la leyenda y la fábula, la religión y la mitología, proclamando, como un hecho, que la humanidad ha creído siempre en un Dios, en un ser infinito, personal y trascendente.

La oración y el sacrificio, según la historia, expresión clarísima de la existencia de un ser sobrehumano á quien se ruega y á quien se aplaca, se encuentran por todas partes en donde existe un ser dotado de razón, aunque esté sumido en la ignorancia y en la barbarie.

Estos son hechos: hechos palpitantes, hechos que se tocan, hechos que la historia ha ido recogiendo y que son para el hombre un tesoro de inmensa valía.

Y sin embargo, la escuela positivista, que sólo admite en su reino, que es el reino de la ciencia, hechos y sólo hechos, niega al Ser Supremo, adorado y creído por toda la humanidad, ó por lo me-



nos enseña que si ese Dios no es una hipótesis, es lo Incognoscible, de que la razón humana ni puede ni tiene que ocuparse.

Otro hecho palpitante y de todos conocido es que la inteligencia del hombre tiene idea de lo infinito, de lo absoluto.

Esto no admite duda, dice Augusto Nicolás, porque poseemos el nombre, y el nombre presupone infaliblemente la idea.

Tenemos la idea de cierta cosa infinita, en todas las condiciones del ser: infinito en duración, infinito en poder, infinito en toda clase de perfecciones.

A cada paso usamos los nombres *im-perfecto*, *des-ordenado*, *in-justo*, *im-potente*, lo cual da por sentado que las ideas que de las cosas tenemos, se derivan de la idea primera de una cosa absoluta en perfección, en orden, en justicia y en poderío.

Los nombres, *relativo*, *limitado* de que usamos á cada paso se refieren sin remedio á lo absoluto y á lo infinito.

No se concibe lo limitado, dice Fénélon, sino poniéndole un término, que es una pura negación de otra extensión mayor, como si dijéramos la privación ó ausencia de lo infinito.

Y no pudiéramos concebir la privación de lo infinito, si no se concibiese antes el infinito mismo, á la manera que no podemos formar idea de lo que es enfermedad, si no concibiéramos primero la salud.

Y no se diga que la idea que se tiene del *infinito*, no es otra que la del *indefinido*, y que por ella entendemos un objeto cuyos límites nos son desconocidos, pero que sin embargo, existen.

Esto no es verdad, y si lo fuera, nos bastaban los nombres *infinito* é *indefinido*: no acudiríamos á un tercer nombre, si no tuviéramos también una tercera idea.

Lejos de esto, la voz *indefinido*, hace más significativa y vigorosa la voz *infinito*, reservándola para expresar la idea de una cosa que no tiene fin, sea éste conocido ó desconocido, en una palabra, una cosa cuyo fin no existe.

Indefinido, aleja y suspende el límite; infinito, lo excluye totalmente.

Tal es el sentido propio y usual de esta palabra.

Es, pues, un hecho, que la inteligencia humana tiene idea de lo infinito y de lo absoluto.

¿Pero esta idea, pregunta Augusto Nicolás,



tiene una realidad, de la clase que llaman objetiva ó es meramente una quimera? ¿Existe de positivo un ser que sea infinito en todo?

Bastaría contestar, responde el gran filósofo cristiano, que fuera un absurdo decir que por una quimera medimos todas las realidades, ó sean todas las cualidades que atribuimos á las cosas.

Si la suprema perfección es una quimera, serán, sin remedio, quiméricos también todos los juicios que formemos sobre los diversos grados de perfección de las demás cosas, y todo desaparece ante una indiferencia completa ó una negación absoluta.

Pero puede presentarse, siguiendo á Augusto Nicolás, una demostración casi matemática.

Cuando tenemos idea de algún objeto, una de dos: ó la recibimos de la impresión que este objeto produce en nuestro espíritu y entonces la idea es verdadera, ó bien la forjamos á semejanza de otro objeto que nos la sugiera y entonces no es más que una imitación, una idea prestada y, por lo mismo, falsa.

De aquí concluyo, continúa Augusto Nicolás, que si existe una idea que no pueda habernos sido sugerida por algún objeto extraño, preciso es que

venga directa y necesariamente de su objeto propio, y que este objeto exista y sea verdadero.

Tal es la idea del infinito: solamente lo infinito puede representarse á sí mismo: si, pues, no existiera, no tendríamos su imagen en nuestra mente.

Si no tenemos á nuestro alcance otra cosa más que lo limitado, ¿cómo puede sacarse de ello la idea de lo infinito?

Esto es matemáticamente imposible, porque en lo menos nunca puede verse lo más: no pueden verse cien realidades en donde sólo hay cuarenta, porque entonces se verían sesenta que no existen, y la nada ni es visible, ni inteligible.

Bajo cualquier orden de ideas, lo limitado no puede ser el tipo generador de lo infinito.

Si, pues, la mente humana ve lo infinito, preciso es que ello exista en realidad.

Y sin embargo de ser esto un hecho evidente, que el hombre observa y experimenta en sí mismo, y que entra, de consiguiente, en el orden científico de la escuela positivista, ésta lo desconoce y lo niega.

Nueva contradicción, que demuestra una vez más lo que, ante la ciencia, vale el positivismo.



Hay otro hecho admirable y por todos conocido: el hecho de la conciencia, que lleva impreso el sello de la ley moral.

Hay en todos los hombres ideas morales.

Bueno, malo, lícito, ilícito, derecho, deber, obligación, culpa, responsabilidad, mérito, demérito, son palabras que emplea el ignorante como las emplea el sabio, en todos los tiempos y en todos los países.

Este es un lenguaje perfectamente entendido por todo el linaje humano, sean cuales fueren las diferencias en cuanto á la aplicación de lo que aquellas palabras significan, á casos especiales.

No cabe señalar un hecho más general que éste; no cabe designar un orden de ideas de que nos sea más imposible despojarnos; el hombre encuentra en sí propio tanta resistencia á prescindir del orden moral, como del mundo físico que percibe con los sentidos.

Por ignorante ó por sabio que se le suponga, ya sea que se encuentre en la degradación más profunda, desheredado de la luz y de la ciencia, ya sea que se le mire en las más altas cimas de la sabiduría, irradiando claridad y disipando las sombras, uno y otro lanzarán un anatema con-

tra aquel que manche sus manos privando de la vida á la que le diera el ser, y ensalzarán con las frases más escogidas del lenguaje humano al que sacrifica su existencia por salvar á su patria y redimirla de vengonzosa servidumbre.

El hombre, por instinto, alaba y busca lo bueno, huye de lo malo y condena sin misericordia al que está hundido en el oscuro cieno de las degradaciones humanas.

Siempre ha habido moralidad.

Antes que hubiera escuelas filosóficas, existía ese sentimiento moral en los pueblos y en los individuos, como antes de que hubiera ciencias naturales la luz se difundía é inundaba al mundo.

Esa distinción entre la virtud y el vicio, nunca varía: no cede á los tiempos, ni se acomoda á los intereses particulares.

Cada uno de nosotros la trae escrita en el fondo de su conciencia privada, y todos juntos la traemos en la conciencia pública.

Ella es la que domina y regula así á las naciones como á los individuos, así á los siglos como á los días.

Los historiadores, de cualquiera país que sean, no tienen necesidad de caracterizar los hechos que



refieren: bástelas exponerlos y abandonarlos á esa conciencia universal del género humano que ningún poder puede destruir, como dice Tácito, para que la posteridad unánime les otorgue la corona del aplauso ó imprima sobre ellas la marca infame del vituperio.

Ese instinto, esa regla, esa ley viva en nuestra alma, es como dice Cicerón, universal, invariable y eterna.

Nos enseña el bien, continúa el famoso orador de Roma, y nos aparta del mal; no puede ser derogada ni alterada; ni el pueblo ni el senado pueden dispensar á nadie de su obediencia; ella es intérprete de sí misma, y no es una en Roma y otra en Atenas, una hoy y otra mañana; ley inmutable y santa, que regirá en todos tiempos y en todas partes, y con ella el Dios que la ha hecho y sancionado, el Dios que es el Arbitro y el Soberano del universo.

Así hablaba un pagano: veía ese hecho admirable, universal y permanente en medio del mundo.

Lejos de negarlo, buscaba su origen y anunciaba su grandeza.

Y este hecho sujeto á la observación y á la experiencia, que todos palpan, que todos experimen-

tan y que la historia de todos los siglos, maestra imparcial de la humanidad, consigna y refiere, la escuela positivista lo desprecia y lo niega.

La libertad de los actos humanos es, para Littré, una verdadera ilusión, y la historia de la humanidad es una evolución natural y necesaria, un desenvolvimiento determinado por las condiciones de la naturaleza cerebral del hombre y del modo de ser del mundo.

El origen y constitución de la moral procede, para Spencer, de las experiencias de utilidad realizadas, acumuladas y transmitidas de padres á hijos, en relación con determinadas modificaciones nerviosas.

Ante estos principios de la escuela positivista, la libertad de los actos humanos, la ley moral que los gobierna y que, como toda ley, tiene que ser un ordenamiento de la razón, desaparecen por completo.

El hecho tangible de la existencia de esa ley moral que necesariamente supone el libre albedrío, ese hecho universal de todos los tiempos y de todos los países, como lo proclamaba Cicerón, no es admitido por la escuela positivista.

Espantosa contradicción: ella no admite como



fundamento y base de la ciencia, más que hechos, hechos que puedan someterse á la observación y á la experiencia, y niega, sin embargo, el hecho de la conciencia que lleva impreso el sello de la ley moral, de esa ley que resplandece en medio del mundo como un sol esplendente y vivificante, que ilumina las sendas por donde debe caminar la humanidad para no perderse en las sombras del vicio, en las escabrosas y oscuras sendas de la degradación moral.

Una escuela que tiene por solo fundamento la contradicción científica, que parte de la hipótesis y camina en medio de aquella contradicción, no puede reclamar para sí el glorioso título de fundadora de la ciencia.

El positivismo no sólo se contradice al proclamar en la ciencia el reinado de los hechos y desconocer, al mismo tiempo, el hecho de la historia que afirma lo sobrenatural; el hecho del pensamiento que conoce y percibe lo invisible; el hecho del pensamiento que afirma lo absoluto, y el hecho de la conciencia humana que lleva impreso el

sello de la ley moral muchas veces profanada, pero jamás, ni por nadie desconocida.

Incide en otra contradicción más radical y más profunda.

Elimina la metafísica del campo de la ciencia, y sin embargo, la supone, la admite como base de su grandioso sistema.

Por una parte, el positivismo descansa en la eliminación de la metafísica.

La metafísica, dice el P. Félix, inspira al positivista una repulsión aun más profunda que lo sobrenatural, porque el positivismo tiene, más que nada, horror á lo absoluto, y la metafísica vive de lo absoluto.

Y por otra parte, el positivismo acepta las matemáticas como la primera de sus bases, la primera de las ciencias que para él merece el honor, que á otras ha negado, de ocupar distinguido asiento en el recinto estrecho del mundo científico, que ha venido á crear con el soplo de su poderosa palabra.

¡Eliminar la metafísica y aceptar las matemáticas!

Contradicción sin nombre; absurdo que el entendimiento no concibe.



La certeza de las verdades íntimamente ligadas con la experiencia, cuales son las aritméticas y geométricas, no se apoya en la inducción.

La comprobación de las ideas por los hechos, dice Balmes, es imposible en muchos casos, pues que la debilidad de nuestra percepción y de nuestros sentidos, y lo grosero de los instrumentos que empleamos, nos impiden asegurarnos con toda exactitud, de la correspondencia de los hechos con las ideas.

A veces, la imposibilidad para hacer esta prueba, es absoluta, á causa de que la verdad geométrica supone condiciones que en la práctica no podemos realizar.

Apliquemos estas observaciones, dice el mismo filósofo, á las más sencillas verdades de la geometría.

No habrá ciertamente quien ponga en duda la solidez de la prueba que se llama de superposición: es decir, que si dos líneas ó dos superficies, puesta la una sobre la otra, se confunden exactamente, serán iguales.

Esta verdad es elemental, es evidente en geometría.

Su exactitud indiscutible, ¿procede, por ventura, de la experiencia?

Jamás lo podría demostrar el más fervoroso positivista.

La experiencia está reducida á algunos casos. la inducción que resultase se limitaría á un cierto número de hechos; número que, aun admitiéndose tan crecido como podría darle la experiencia de todos los hombres de todos los siglos, distaría infinitamente de la universalidad, que se extiende á todo lo posible.

La experiencia podría acreditarnos que en los casi infinitos casos por ella observados, dos superficies que se han confundido exactamente, han resultado iguales; pero esta afirmación dista infinitamente de esta otra: dos superficies que se confunden, son iguales.

Aquí aparece lo universal, lo absoluto: aquí se descubre un principio general, independiente de la experiencia; pues no de otro modo se podría deducir lo universal de lo particular, sino reconociendo una necesidad intrínseca en aquella verdad: aquí parece la metafísica.

Y aunque la experiencia pudiese valer para fundar la exactitud de ese principio geométrico,



es imposible hacerla exacta: la superposición hecha del modo más delicado que imaginarse pueda, no llegará jamás á la exactitud geométrica, que en ningún punto consiente la diferencia más pequeña.

Es un teorema elemental, el que los tres ángulos de un triángulo equivalen á dos rectos.

Esta verdad no puede depender de la experiencia, primero, porque de lo particular no puede deducirse lo universal; segundo, porque toda la delicadeza de los instrumentos para medir los ángulos no llegaría á la exactitud geométrica, y tercero, porque la geometría supone condiciones irrealizables para nosotros en la práctica: las líneas sin grueso, y los vértices sin ángulos, puntos indivisibles.

Si estas verdades geométricas, como otras muchas de las ciencias matemáticas dependieran de la experiencia, dejarían de ser principios generales, se limitarían á un cierto número de casos.

La enunciación tampoco podría ser absoluta, ni aun para los casos observados; porque sería menester ceñirse á lo observado, es decir, á un poco más ó menos que jamás llegaría á perfecta exactitud. Así, no podría afirmarse que en *todo* triángulo los tres ángulos equivalen á dos rectos,

se debería decir: en todos los triángulos, sobre los cuales se ha podido hacer la experiencia, se ha observado que los tres ángulos valen dos rectos, á poca diferencia.

No es así como las matemáticas consagran y proclaman sus grandes y luminosos principios.

Sus afirmaciones son absolutas: dos círculos de diámetros iguales, son iguales: los tres ángulos de un triángulo equivalen á dos rectos: los ángulos opuestos al vértice son iguales.

Las verdades matemáticas son absolutas: las matemáticas, puede decirse, que son el reino del absoluto: es el reino de la metafísica.

El positivismo admite las matemáticas: admite lo absoluto, lo universal, lo necesario.

Y condena la metafísica.

¡Qué contradicción!

No se conforma la escuela positivista, con proclamar el reinado de los hechos y desconocer los hechos más luminosos, si puede decirse así, como es el hecho de la historia que afirma lo sobrenatural, el hecho del pensamiento que percibe y conoce lo invisible, el hecho de la inteligencia que



reconoce lo absoluto y el hecho de la conciencia que lleva el sello de la ley moral.

No se conforma con eliminar á la metafísica del campo de la ciencia, y admitir en él la ley matemática que tiene como base incommovible la metafísica.

Todavía incide en otra contradicción que es también inconcebible.

Los hombres del positivismo, se llaman ellos mismos los hombres de la ciencia, los hombres que vienen á fundar el edificio de la sabiduría, que vienen á establecer lo inmutable, que es la ciencia.

Y estos mismos hombres, que tan grandiosa empresa acometen, comienzan por desconocer y proscribir lo absoluto.

Si la metafísica les causa horror y verdadero espanto, es porque ella es realmente la ciencia de lo absoluto.

La ciencia sin lo absoluto, no se concibe.

No hay ciencia posible sin raciocinio y el raciocinio no se concibe sin lo absoluto.

La conciencia nos da testimonio de esta verdad: *yo pienso*.

Si aquí se detiene la actividad humana, si el

hombre no conoce más que los hechos que observa y experimenta, no podría dar un paso más.

Pero si el hombre á esta verdad que experimenta: *yo pienso*, agrega esta otra: *lo que piensa existe*, puede sacar de la verdad experimental de su pensamiento, la verdad evidente de su existencia.

Para formar este raciocinio tan sencillo, ha sido necesario que á esta verdad: *yo pienso*, esté-ril por sí sola, venga á fecundizarla esta otra: *lo que piensa existe*, que es una verdad absoluta, ideal y fecunda.

Y es que en el orden de nuestros conocimientos hay dos clases de verdades: las reales y las ideales.

Las primeras son las que expresan un hecho ó una cosa existente: *el volumen de la tierra es mayor que el de la luna*: esta es una verdad real, porque expresa un hecho.

Las segundas son las que expresan la relación de las ideas prescindiendo de la realidad: *tres más cinco es igual á ocho*: esta es una verdad ideal, porque no se dice que existan tres ni cinco, ni ocho y sólo se afirma la relación de igualdad de tres más cinco es igual á ocho.

En nuestros conocimientos, entra una parte



puramente ideal y otra real: la primera comprende todos los principios intrínsecamente necesarios; la segunda, las proposiciones atestiguadas por la experiencia.

Sin lo primero, no podríamos generalizar y careceríamos de ciencia propiamente dicha.

Todos nuestros conocimientos se reducirían á un conjunto de hechos atestiguados por la experiencia sin enlace ninguno y dotados de una espantosa y desesperante esterilidad.

De un hecho, no puede deducirse otro hecho.

Para esa deducción, como se ha visto en el ejemplo antes citado, sería preciso aplicar una verdad del orden ideal.

Sin lo segundo, nuestra ciencia no tendría aplicación, sería á su vez una estéril combinación de ideas. ¿Qué adelanto con saber que es imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo?

Imaginémonos, dice Balmes, un espíritu que poseyese toda la ciencia geométrica sin saber que existe algo extenso, su conocimiento sería puramente ideal; pero si por la observación llegara á conocer que existen seres extensos, aplicaría á estos la geometría, entrando así en las ciencias naturales.

De aquí se infiere, concluye el profundo filósofo español, que en nosotros hay dos órdenes de conocimientos: unos puramente ideales, otros reales; que los primeros forman una verdadera ciencia, pero estéril para la realidad; y que los otros, son un conjunto de observaciones que por sí solos no constituirían ciencia. La unión y combinación de estos dos elementos engendra la ciencia, positiva, útil, en el orden moral, metafísico y físico.

La escuela positivista, al eliminar lo absoluto, condena á la ciencia á una esterilidad completa.

Son los positivistas los fundadores de la ciencia: y sin embargo, eliminando lo absoluto, condenan la ciencia, cuya base consiste en las relaciones necesarias que unen las conclusiones ciertas con los principios evidentes.

Pero, como si el positivismo hubiera querido demostrar que es una pura contradicción ó más bien la contradicción encarnada, todavía incurre en otra no menos desconsoladora y lamentable.

Afirma á cada paso que él no se ocupa en modo alguno de los grandes problemas, á saber, de Dios, del alma humana, de las causas finales y de la inmortalidad de la vida.

Su solución sobre estos grandes problemas es